

NOVENA 1

MFN 1750

AL GLORIOSO

CDD 242.75

Patriarca Señor San José

ESPECIAL ABOGADO

DE UNA VIDA ARREGLADA Y DE UNA FELIZ MUERTE



Extractada de la pastoral que con el título de
VOCES DEL PASTOR EN EL RETIRO,

escribió el Ilmo. y Reverendísimo Sr. Dr. Fray José Antonio de San Alberto, Arzobispo de la Plata.

REIMPRESA Á DEVOCIÓN DE

FRAY PRÁGEDO J. LÓPEZ, O. DE P.

*De la Biblioteca del Dr. D. Francisco Javier
Lalanda*



BOGOTÁ

IMPRESA DE TORRES AMAYA HERMANOS

1891



*Patriarca Señor San José, lirio
de pureza sin mancha—Rue-
ga por nosotros.*

Hecha la señal de la Cruz, se dirá el

ACTO DE CONTRICIÓN.

Dios y Señor mío, principio, fin y bien eterno de mi alma. Aquí está quien siempre quisiera haber estado, y estar contigo y en tu gracia. Aquí tienes á quien desea tenerte; á quien suspira por servirte y á quien ansía por poseerte, amarte y gozarte eternamente. A este fin, Señor, te consagro estos nueve días, en los que te haré presente toda mi alma, te manifestaré todas mis llagas, te confesaré todas mis culpas, te presentaré mis lágrimas y te ofreceré mis suspiros, juntamente con los deseos de enmendar mi vida en adelante, de practicar la virtud y de servirte con todo mi corazón. Ea, pues, Dios mío, acepta este corto sacrificio de tu siervo, compadécete de mis miserias, perdona mis ingratitudes, recíbeme entre tus brazos, fortaléceme con tu auxilio; y por intercesión de tu putativo Padre y protector mío, Patriarca Señor San José, despierta mi memoria, inflama mi voluntad enternece mi corazón para que, deshecho y abrasado todo en tu amor, deje yo de ser lo que fuí, y empiece á ser lo que tú quieres que sea y lo que yo también quiero ser; esto es, un nuevo hombre, que en nada piense sino en tí, y que nada quiera sino á tí, bien sumo y origen de todos los bienes. ¡Oh bondad infinita, y qué tarde te he conocido! ¡Cuánto siento, Señor, sólo por ser quien eres, el haberte ofendido tantas veces! ¡Ah mi Dios! Primero morir que volver á pecar: antes no ser que ser ingrato á tí!

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

José dulcísimo y Padre amantísimo de mi corazón: á tí te elijo por mi protector en vida y en muerte; y consagro á tu culto estos nueve días, en recompensa y satisfacción de los muchos que vanamente he dado al mundo, y á sus vanidades. Yo te suplico con todo mi corazón, que por tus siete dolores y gozos me alcances de tu putativo Hijo Jesús y de tu verdadera esposa, María Santísima, la gracia de emplearlos á mucha honra y gloria suya y bien y provecho de mi alma. Alcánzame vivas luces para conocer la gravedad de mis culpas, lágrimas de contrición para llorarlas y detestarlas, propósitos firmes para no cometerlas más, fortaleza para resistir á las tentaciones, perseverancia para seguir el camino de la virtud y una cristiana disposición para morir bien. Esto es, Santo mío, lo que te suplico; y esto es lo que, mediante tu poderosa intercesión, espero alcanzar de mi Dios y Señor, á quien deseo amar y servir, como tú lo amaste y serviste siempre, por siempre y por toda una eternidad. Amén.

DIA PRIMERO

REFLEXIONES SOBRE LA ÚLTIMA ENFERMEDAD.

Considérese el hombre acometido de una enfermedad que, según el decreto de Dios, es la última, y de la que infaliblemente ha de morir; y éntre desde luego en aquellos mismos pensamientos, temores y disposiciones que quisiera tener entonces. Porque ¿cómo piensa un enfermo en aquella hora? Todas las ideas fantásticas que antes tenía del mundo, de sus riquezas, honras y recreos, instantáneamente desaparecen

y paran en nada. Él conoce el engaño de unos placeres fugitivos, que no fueron más que ilusiones para su carne, y que ya no son más que torcedor y aflicción para su espíritu, ¿y cuántos son sus temores? Ah! ¿Que el amor á la vida le hace muy espantoso el temor de la muerte! Pues ¿qué será cuando á este temor se añada el de unas culpas que no puede negar haber cometido, y que no sabe si se le han perdonado? El de un juicio formidable y sin apelación, y el de una sentencia decisiva de la suerte que le ha de caer mientras Dios sea Dios. ¿Y cuáles deben ser sus disposiciones? La primera, la mejor, la más conveniente y aun la más necesaria, es aceptar la muerte con una perfecta resignación en la voluntad de Dios, que le pide, como á culpable y pecador hijo de Adán, lo que pidió á su Hijo unigénito, que era la misma inocencia.

Para nuestro provecho meditemos un rato.

ORACIÓN.

Glorioso Patriarca Señor San José, Padre y protector mío: en este primer día te pido con todo mi corazón, para cuando llegue mi última enfermedad, una tierna confianza y perfecta resignación en la voluntad de Dios, aquella misma con que tú, dejando tu patria, casa y familia, fuiste á empadronarte en Belén, obedeciendo y adorando la providencia y la voluntad del Altísimo en el decreto del Emperador Augusto. Esta misma tenga yo, Santo mío, cuando cumplido el número de mis días, sea preciso salir de este infeliz mundo, á empadronarme en el libro de la eternidad. Haz que nada sienta entonces, sino el haber ofendido á mi Dios, y que, poseído de una firme esperanza en su misericordia, en

tu intercesión y en la de María Santísima, diga yo con igual espíritu de verdad aquellas palabras que tú tan frecuentemente repetías, viviendo en el mundo: *Ojalá que yo vea siempre cumplida en mí la voluntad de Dios*: para que de este modo, muriendo en gracia, sea digno de acompañarte en la gloria. Amén.

GOZOS.

En mi postrera agonía
Cuando la muerte llegare,
*Tu patrocinio me ampare
Y el de tu esposa María.*

¡Qué sentimientos, qué anhelo!
¡Qué dolor tan inhumano,
Dulce José soberano,
Te causaron unos celos!
Mas, cesaron tus desvelos,
Cuando te fué declarado,
Que en María había encarnado
El mismo Rey de los Cielos.
Pues siento tus desconsuelos,
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc.

Padre nuestro, Ave María y Gloria á la Trinidad del cielo Padre, Hijo y Espíritu Santo. Honra á la Trinidad de la tierra, etc.

En un establo nacido,
Del temporal lastimado,
Vió á Dios infante humanado
Tu corazón abatido:
Pero luégo complacido
Le miraste festejado,
De Monarcas adorado,
De Ángeles y hombres servido.

Pues siento verte afligido
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

Con angustia y pesaroso
Por pecador reputado,
Viste al niño ensangrentado,
Circuncidado y lloroso;
Estuviste sin reposo,
Y al oírle llamar Jesús
Se llenó tu alma de luz,
Tu llanto se cambió en gozo,
Y pues siento verte ansioso,
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

Simeón internó la espada
En tu alma, cuando predijo
De tu Esposa y de tu Hijo
La pasión más amargada ;
Pero tu alma consolada
Quedó, dándole á saber,
Que aquel Niño había de ser
La redención deseada.
Siento tu pena extremada,
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

Por mandato superior
Fuiste á Egipto presuroso,
Porque á degüello horroroso
Tocó Herodes con furor.
Pero tu acendrado amor
Miró con rostro gozoso
Amparado el Niño hermoso
Por el Supremo Hacedor.

Siento tu afán y dolor
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

Con Hijo y Madre asustado
A Israel vuelves temiendo,
Que Archelao de Herodes siendo
Su hijo, lo siguiese airado:
Más, del ángel consolado
A Galilea te vas,
Porque en Nazaret estás,
Con el Niño asegurado.
Pues siento verte angustiado,
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

A grave pena rendido,
Con la vida como muerta,
Tres días de puerta en puerta
Bascas al Niño perdido:
Pero en gozo desmedido
Al hallarle te contemplo,
Cuando lo viste en el templo,
Entre sabios distinguido.
Y pues siento verte herido,
Y me place tu alegría.

Tu patrocinio, etc. Padre nuestro, etc.

ANTÍFONA.

José hijo de David, no temas, recibe á María tu Esposa en tu compañía ; porque lo que ha acontecido en su vientre, es obra del Espíritu Santo. Parirá un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque ha de salvar á su pueblo de sus pecados.

V. Santísimo José, tú eres mi refugio.
R. En la tribulación que me rodea.

ORACIÓN.

Dios, que con inefable providencia te dignaste de elegir por Esposo de tu Santísima Madre al Patriarca Señor San José, te rogamos que nos concedas que, así como lo veneramos por protector en la tierra, merezcamos tenerlo por intercesor en el cielo. Tú que vives y reinas con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

La letanía Lauretana.

ORACION.

A tí, Patriarca Señor San José, recurrimos en nuestras tribulaciones ; después de haber implorado el auxilio de tu Santa Esposa, con la mayor confianza, invocamos también tu patrocinio. Por aquel vínculo sagrado de caridad que te unió con la Inmaculada Virgen Madre de Dios, y por el amor paternal con que ardientemente amabas al Niño Jesús, te suplicamos humildemente, que mires con ojos benignos la herencia que Nuestro Señor Jesucristo redimió con su preciosa sangre, y acudas á nuestras necesidades con tu poder y tu ayuda.

Protege ; oh diligentísimo guardián de la Divina Familia ! la raza elegida de Jesucristo : aparta lejos de nosotros, oh amantísimo Padre, la peste del error y del vicio ; desde lo alto del Cielo, sé nuestro más fuerte sostén y ayúdanos en la lucha contra el poder de las tinieblas ; y así como en otro tiempo salvaste la vida del Niño Jesús del extremo peligro en que se hallaba, ahora defiende también la Santa Iglesia de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad. A cada uno de nosotros cúbrenos con

tu constante patrocinio, á fin de que, imitando tus ejemplos y fortalecidos con tu auxilio, vivamos santamente, muramos amando á Cristo y vayámos al Cielo, á gozar la felicidad eterna, por los siglos de los siglos. Amén.

En los siguientes días se hará todo como en el presente ; excepto que en lugar de la reflexión y oración de éste, se dirán cada día las que les corresponden de las que siguen.

DIA SEGUNDO.

OFRECIMIENTO SOBRE EL TESTAMENTO.

Considere el hombre que, aumentándose el peligro de su enfermedad, tiene la dicha de hallar un confesor bueno, un pariente leal, ó un amigo fiel que le desengaña, y que sin respeto alguno le dice lo mismo que el Profeta Isaías dijo al Rey Ezequías : *Dispón de tus cosas, haz tu testamento, porque te mueres.* ¡ Qué dolor para quien tiene puesto el amor, la paz y el corazón en los bienes caducos de esta vida ; y bienes que tal vez los adquirió con fraude ; y que los retiene con injusticia ! ¡ Qué dolor ! Pero al fin, aunque sea con él, es preciso disponer de su casa, de su hacienda, de su alma y de su cuerpo. Esto es lo que se llama testamento. ¿ Pero no sería mejor estar todo hecho en sana salud, que no esperar á hacerlo en la última enfermedad, sin tiempo para pensar, para reflexionar, para consultar y resolver ? ¿ Pero no sería más meritorio, que las luces de las misas celebradas, fundaciones hechas, limosnas repartidas, caudales restituídos, deudas pagadas ó injurias reparadas, fuesen por delante, cumpliéndolo todo en vida, que no cum-

plirlo después de la muerte? ; Pero no sería más seguro que todo esto lo dispusiera é hiciera cada uno por sí, que dejarlo al cargo de los albaceas, cuando la experiencia muestra que la codicia, apoderada del corazón, olvida, vence y desprecia todos los sagrados respetos de honor, de palabra, de agradecimiento, de amistad, de parentesco y de filiación? Así es, y para corregirnos, meditemos esto un rato.

ORACION.

Protector y abogado mío Señor San José: si el apoyo más fuerte es un amigo fiel, yo te ruego con todo el corazón que lo seas mío en todo tiempo, y especialmente cuando ya en la última enfermedad me sea preciso disponer de mi casa y bienes. Alcánzame que yo lo haga con aquel desprendimiento, arreglo, prudencia, prontitud y serenidad con que dispusiste de la tuya cuando, obediente y sujeto á los mandatos del Señor, tuviste que salir de Judea para Egipto, y otra vez de Egipto para Nazaret, en compañía de Jesús y de María. Haz que, á imitación tuya, viva yo pobre en esta vida, para nada tener que dejar en la hora de la muerte: ó que si tuviere algunos bienes, no ponga en ellos mi corazón, para no sentir dejarlos en aquel trance. Y sobre todo, haz, Santo mío, que la última enfermedad me halle con la lámpara encendida en las manos, esto es, con mi última disposición hecha y cumplida, en cuanto me haya sido posible; para que no teniendo que pensar sino en la disposición de mi alma, y en recibir al divino Esposo, merezca entrar con él, y en tu compañía á las bodas eternas de la gloria. Amén.

DIA TERCERO.

REFLEXIÓN SOBRE LA CONFESIÓN SACRAMENTAL.

Considere el hombre, cuánto quisiera en su última enfermedad verse limpio de todo pecado: y siendo para este fin necesaria una confesión entera, clara y dolorosa, de sus culpas, prevengase de antemano, y prevenga el rostro de Dios, con la que quisiera hacer, y que tan difícil es hacerla en aquella hora. Porque ¿dónde está allí el espacio que pide una confesión sencilla y entera? Aquí es donde podemos preguntar con Isaías: *¿Por ventura la aridez del Líbano podrá en poco tiempo convertirse y llegar á tener la fecundidad del Carmelo?* ¿Dónde está allí el despejo que pide una confesión clara y distinta? Turbados los sentidos corporales, confusas las potencias del alma, quebrados los ejes de aquella máquina, se verifica en el enfermo descuidado lo que la Escritura dice de Faraón. “Quebró Dios las ruedas de sus carros, y quedando éstos inmóviles, él se vió sumergido en el profundo de las aguas.” Pero aun cuando el enfermo se halle con todas sus funciones expeditas ¿dónde está allí el auxilio que pide una confesión humilde y dolorosa? El dolor es un impulso y dón del Espíritu Santo, que no se da sino á quien lo pide á tiempo y lo busca de corazón. ¿Y lo dará Dios á un moribundo que no lo pidió, ni lo buscó en su vida, y que entonces lo hace más por temor natural á la pena, que nó por una detestación de sus pecados? ¡Ah! Su penitencia más es, porque las culpas lo dejan á él, que porque él quiera dejar las culpas. Verdades todas que meditaremos un rato.

ORACION.

Padre y protector mío Patriarca Señor San José, consuelo y esperanza mía en el tiempo de mi tribulación presente, y en aquel día en que, agravado del peligro de muerte, tenga que hacer una confesión de mis culpas, yo te ruego con los alientos que me da tu piedad, me alcances ahora y en tal trance, tiempo, espacio, despejo, serenidad y auxilio para hacerlo con integridad, claridad y dolor. Tenga yo, Santo mío, aquél que tuviste cuando perdido tu putativo Hijo Jesús en Jerusalém, le buscaste tres días con lágrimas salidas de tu corazón. Llore yo el haberle ofendido por mi grande culpa, y por mi grandísima culpa. Búsquelo yo entonces y ahora tres días, esto es, por medio de los tres actos perfectísimos de contrición de corazón, de confesión de boca y de la satisfacción de obra. Haz que yo tenga la dicha de encontrar á Dios en el templo de mi alma, de gozarme con su presencia, de tenerlo y no dejarlo, hasta que, en los brazos de tu amorosa intercesión, llegue á poseerlo y gozarlo sin riesgo de perderlo ya por toda una eternidad. Amén.

DIA CUARTO.

REFLEXIÓN SOBRE EL SAGRADO VIÁTICO.

Considere el hombre cómo, después de la confesión, previene el confesor al enfermo para recibir al Señor por Viático. Esto es ya decirle, como el Angel á Elías, que coma el pan divino y Sacramentado, para emprender el viaje á la eternidad, á la tierra de los desengañados, á la región de los muertos y al lugar de los juzgados. ¡Ca-

mino desconocido y tenebroso, que necesita mucha luz! ; Camino triste y solitario, que necesita de buena compañía! ; Camino difícil y peligroso, que necesita de grande fortaleza! Pues si el Santo Viático, recibido con fé, comunica luz, recibido con tierna confianza, hace buena compañía, y recibido con piedad y devoción, da grande fortaleza. ; Pero recibirá al Señor con fé un enfermo, que cuando sano no lo recibió, ó recibió pocas veces sin fé, ó con fé tibia, ó tal vez con una fé muerta? ; Lo recibirá con tierna confianza, aquel que en su vida sólo confió en sus riquezas, honras, amigos, hijos y deudos; quienes en la muerte se quedan atrás y en el puerto, mientras el moribundo entra solo en un caos interminable de años eternos, de siglos infinitos; de día ó de noche sin sucesión? ; Lo recibirá y comerá con devoción, quien, ó no lo comió en su vida, ó lo comió indignamente; por lo que, según San Pablo, hay tantos enfermos y flacos que mueren, y que mueren infeliz y desgraciadamente? Meditemos un rato este asunto tan importante.

ORACION.

Dulcísimo Patriarca Señor San José, Esposo de María Santísima y Padre putativo de Jesús, tú que tuviste mejor que el antiguo José, la gloria y encargo de cuidar y conservar el divino Pan, para remedio y consuelo de todo el mundo: tú que tuviste la dicha de tenerlo tantas veces en tus brazos y la felicidad de morir reclinado en los suyos, alcánzame ahora la gracia de que lo reciba como manjar divino sacramentado, y en mi última enfermedad, por Viático de mi salida y viaje á la eternidad. No me vea yo pri-

vado de este divino maná, y de esta prenda de vida y de gloria. Haz que yo lo reciba con aquella viva fé, tierna confianza y encendida devoción, con que tú lo recibiste en tus brazos, acompañaste y serviste toda la vida; para que siendo mi luz, mi compañía y mi fortaleza en camino tan desconocido, solitario y peligroso, su luz ilumine mi entendimiento, su compañía aliente mi voluntad y su fortaleza sostenga mi corazón, y le dé valor y fuerza para resistir á las tentaciones, para vencer á mis enemigos, y para consumir la carrera de mi vida en gracia, hasta ver y gozar de Dios en tu amable compañía por toda la eternidad. Amén.

DIA QUINTO.

REFLEXIÓN SOBRE LA EXTREMAUNCIÓN.

Considere el hombre cómo, llegando ya al último riesgo su enfermedad, le administran el Santo Sacramento de la Extremaunción. Esto es ya perder la confianza en los remedios de la medicina, y recurrir al último que la Iglesia tiene para sus hijos moribundos. Esto es ya ungirlo y prepararlo para que salga al campo á luchar con el enemigo, que en aquel trance muestra principalmente que lo es, redoblando sus fuerzas y astucias. Esto es ungirlo en los cinco sentidos de su cuerpo, para que el Señor le perdone cuanto pecó por la vista, que jamás hizo pacto alguno con la modestia, recato y mortificación, andando siempre libre y vaga por toda especie de objetos: por el oído atento siempre á palabras ociosas é inútiles, blandas y lisonjeras, detractorias y satíricas, deshonestas y provocativas, impías é

irreligiosas : por el olfato regalado con unguentos, perfumes y olores por vana complacencia, con el fin de agradar á otros, y atraerlos á la adoración de un cuerpo asqueroso, que breve será podre y hediondez : por el gusto y por el tacto, procurando servir, regalar y satisfacer á estos sentidos, fomentando en ellos la gula y sensualidad. ¡ Ah ! ¡ Qué recuerdos tan tristes entonces los del hombre liviano y disoluto, que abusó de los sentidos, ofendiendo al mismo que se los dió, para que le sirva con ellos !

Detengámonos un rato en meditar estas verdades.

ORACION.

Padre, abogado y defensor mío Patriarca Señor San José, desde ahora imploro tu poderosa intercesión para cuando ungido mi cuerpo, y fortalecida mi alma con la virtud del Sacramento de la Extremaunción, éntre á pelear con Satanás y sus tentaciones. Alcanzadme, Santo mío, que yo lo reciba dignamente con fé, conocimiento y despejo de potencias, para acompañar las oraciones y ceremonias del Sacerdote con espíritu de penitencia y detestación de mis pecados. Haz que yo logre sus gracias de perdonar todas las culpas de mis sentidos, de borrar mis pecados, de confortar la flaqueza y debilidad de mi espíritu, de calmar la inquietud de mi conciencia, de sostenerme para padecer con mérito y resignación los dolores de mi enfermedad, de fortalecerme para resistir las tentaciones del enemigo, de serenarme el demasiado temor á los horrores de la muerte, y de concederme la salud del cuerpo, si me conviene para servicio de Dios y tuyo. Todas estas gracias las ha puesto el Al-

tísimo en tus manos á favor de tus devotos ; pídelas, pues, para éste tu esclavo é hijo que desea morir en gracia, para ver á Dios y en Dios á ti por una eternidad. Amén.

DIA SEXTO.

REFLEXIÓN SOBRE LAS AGONÍAS DE LA MUERTE.

Considérese el hombre no sólo gravemente enfermo, sino moribundo. Para conocer las miserias de una vida que tanto se ama, y las amarguras de una muerte que tan poco se teme, no hay más que fijar la atención en un agonizante. ¡ Qué suspiros ! ¡ Qué desmayos ! ¡ Qué quejidos ! ¡ Qué movimientos ! ¡ Qué convulsiones ! ¡ Qué mudanzas ! ¡ Qué dolores en el cuerpo, rendida la naturaleza al peso de la enfermedad, y venciendo ésta los esfuerzos de aquélla ! ¡ Agitada y estremecida toda la fábrica exterior del hombre, á violencias del terremoto y revolución de humores que hay en lo interior ! ¡ Desconcertada á manera de un reloj, y repitiendo sin concierto golpe sobre golpe, para luégo parar todos sus movimientos ! ¿ Pues qué no padecerá el alma entre las torturas de su conciencia dañada y agitada ? Ella ve la muerte cerca de sí, la teme, la rehusa, pelea y lucha con ella, pero sin esperanza de poderla vencer. Ella se ve precisada á salir de un mundo cuyos bienes le son amables, y tiene que hacer viaje al otro, cuyos males le son muy espantosos. Aquí es donde se puede decir con David : *Me rodearon los dolores de la muerte, y me conturbaron los torrentes de la iniquidad.*

Meditemos un rato estas verdades.

ORACION.

Piadosísimo padre mío, Patriarca Señor San José, protector especial de los agonizantes: yo te ruego que no me olvides en aquella hora, y que al agonizar mi cuerpo con los dolores de la muerte, y mi alma entre los tormentos de mi iniquidad, seas mi consuelo, mi amparo y mi defensa. Sé para mí en aquel lance el Aaron que sostenga mis brazos, para pelear y vencer al diabólico Amalecita. El Abraham, que ahuyente y arroje de mi morada las aves infernales, que vendrán á inutilizar, si pueden, mi último sacrificio á Dios. Está al rededor de mí, para defenderme con tu vara de dirección. Está sobre mí para cubrirme y hacerme sombra con las alas de tu amorosa protección. Está cerca de mí para fortalecerme con tu presencia. Está delante de mí, para consolarme y alegrarme con tu amabilísimo rostro, y que pueda decir con Jacob: *Yo moriré alegre y contento porque he visto el rostro de mi Padre y Patriarca Señor San José*, presagio que me hará esperar, que verá también el rostro de mi Dios por una eternidad. Amén.

DIA SEPTIMO.

REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE.

Considere el hombre que ya llega el último instante de separarse el alma, y quedar un cadáver yerto. Aquí es donde podrá decir con el Rey Agag: "De esta manera me separa una amarga muerte de lo más agradable, de lo más precioso y de lo más amable que yo gozaba en esta vida." Lo más agradable para el mundano

son los placeres, honras y riquezas. ¿Qué sentirá, pues, un avaro al separarse del oro y la plata en cuya vista tenía todo su contento, y en cuya posesión estaba toda su complacencia? ¿Qué sentirá un soberbio al separarse de unas honras en que fundaba su gloria, y de unas distinciones que formaban toda su vanidad? ¿Qué sentirá un voluptuoso al separarse de los objetos de sus deleites y de los placeres en que vivía engolfado y sumergido? Lo más precioso para el hombre es, ó debe ser el tiempo. ¿Qué sentirá, pues, el perezoso cuando vea que desde el punto de separarse del mundo ya no tiene tiempo ni de clamar, ni de arrepentirse, ni de merecer? ¡Oh tiempo dirá, malogrado! ¡Cuánto diera por un año de tantos perdidos, por un día de tantos mal empleados, por una hora, por un momento de tantos malgastados en frívolos entretenimientos! Lo más amable para el alma es el cuerpo. Y, qué aflicción, qué tristeza, qué sentimiento, qué violencia y qué dolor no padecerá, cuando se separe de un cuerpo amigo con quien siempre vivió, de un cuerpo compañero, con quien siempre trabajó para su mal, de un cuerpo con el cual siempre estuvo unida tan natural y estrechamente, y esto cuando se añade el temor sobrenatural de cuanto le está esperando para después de apartada! ¡Qué separaciones tan amargas y dolorosas!

Considerémoslas un rato para nuestro provecho y enmienda.

ORACION.

Amantísimo Padre y protector mío, Patriarca Señor San José; toda mi alma se entristece y conturba con el pensamiento de aquel último instante, en que ha de verse separada y arran-

cada del mundo, del tiempo y del cuerpo! Yo te ruego que, antes de llegar á aquel último momento, me alcances de tu Santísimo Hijo la gracia de despreciar y pisar un mundo, cuya figura pasa, y cuyos bienes al fin he de dejar; la de apreciar y emplear bien un tiempo precioso, que al fin ha de acabarse para mí; y la de sujetar y mortificar un cuerpo miserable, de quien al fin me he de separar. Recibe en quel último arranque mi pobrecita alma, consuélala con tu vista, fortalécela con tu palabra, acompáñala con tu presencia; y pues desde el vientre de mi madre fuiste mi protector, preséntala y póula en manos del que la crió, del que la redimió, del que la ha de juzgar, del que la ha de hacer feliz eternamente. Así lo espero, Santo mío, viéndolo y gozándolo en la gloria en tu compañía, por los siglos de los siglos. Amén.

DIA OCTAVO.

REFLEXION SOBRE EL JUICIO.

Después del arranque ó salida del alma del cuerpo, ella será ante el Tribunal de Dios citada, acusada, juzgada y sentenciada en el juicio particular que se sigue á la muerte. Pero ¿mediará algún tiempo entre la salida del alma y la citación? No, porque el Juez es infinitamente poderoso y todo lo puede obrar en un instante. Ven, alma ingrata, le dirá entonces, y dame razón y cuenta de la mayordomía que puse á tu cargo, de lo mucho que te confié, de los beneficios que te hice, y de los males de que te libré.

Y en la acusación ¿podrá ocultarse, disminuirse ó disculparse alguna cosa? No; porque el Juez es infinitamente sabio y le son patentes los senos más escondidos del corazón. Entonces levantará la piel de oveja: y los lobos disfrazados con ella aparecerán con toda su fiereza y voracidad. Entonces limpiará el blanqueo exterior de los sepulcros y descubrirá toda su fealdad y hediondez. ¿Y en este juicio se tendrá alguna atención ó respeto al poder, al valor, á la calidad? No; que el Juez es infinitamente recto y no aceptador de personas; y las riquezas, poder y dignidad abusadas serán juzgadas con mayor dureza. Y en la sentencia ¿quedará alguna esperanza de recurso, de apelación ó de misericordia? No; porque el Juez es supremo, independiente, infinitamente justo. Los Angeles, los Santos y María Santísima interceden y ruegan por el pecador en el tiempo oportuno de su vida; pero después de muerto, lo abandonan á la suerte infeliz que se ha merecido por sus culpas. *Para nuestra precaución meditemos un rato estas verdades.*

ORACION.

Protector y abogado mío, Patriarca Señor San José, ¿cuál será el espanto y cuánto el temor de mi pobre alma cuando separada del cuerpo se vea citada y presentada ante aquel Juez infinitamente sabio y recto? ¿Qué será de mí, donde los justos apenas se salvarán, y donde tiemblan las columnas del cielo! Por aquel dolor y gozo inefable que tuviste, cuando en compañía de tu Santísima Esposa presentaste á Jesús en el Templo, te pido que ahora, que es el tiempo oportuno de mi vida, me alcances la gracia especial de

que yo prevenga el juicio de Dios con el mío; de que merezca, me acuse, me juzgue, me sentencie y me castigue á mí mismo; para que cuando yo muera, acompañado de la Reina celestial, presentes mi alma en el Tribunal de Dios, esfuerces mi decaimiento, alientes mi turbación, suavices la acusación, temples el juicio, facilites mi causa y asegures mi sentencia de vida; para que así goce la compañía de los Angeles y la tuya por toda una eternidad. Amén.

DIA NOVENO.

REFLEXION SOBRE EL CADÁVER.

Visto el juicio particular del alma, vuelva el hombre los ojos al triste paradero de su cuerpo; y encontrará primeramente un cadáver, esto es, un bulto espantoso que parece hombre, y no es sino un montón de carne desfigurada y podrida; una estatua fría con apariencia de sentidos, que no puede usar; un tronco tendido, un objeto de horror y espanto, del que todos huyen, y á quien todos procuran echar luego de la casa; una figura que ya pasó, para quien se tejian las telas más vistosas, se preparaban los manjares más regalados, se solicitaban los placeres más exquisitos, y que ya se ve solo, sin más padre, hermanos, amigos que la podre y los gusanos. Después de cadáver hallará un esqueleto, esto es, una armazón de huesos secos, una máquina horrible y desfigurada, una muerte en perspectiva, una calavera y un resto ignominioso de lo que el cuerpo fué cuando vivía. Ultimamente, no verá más que un poco de polvo, en que con el tiempo

han parado los Reyes más grandes, figurados en los metales de la estatua que vió Nabuco. ¿Pues cómo en esta nada cabe tanto orgullo? Mujer hermosa, ¿de qué te envances? Filósofo sabio, ¿de qué presumes? Hombre poderoso y rico ¿de qué te ensoberbeces, sabiendo que no eres más que podre, esqueleto, polvo y nada?

Meditemos un rato para despertar del letargo en que vivimos.

ORACION.

Santísimo y dulcísimo Padre mío, Patriarca Señor San José: yo te ruego me alcances la gracia de que, mirando á mi miserable cuerpo como enemigo de mi alma, lo mortifique, lo sujete, lo esclavice y lo consuma poco á poco con la penitencia. Y al mismo tiempo, renovando este último día todas las peticiones de las anteriores oraciones, te suplico Santo mío, intercedas para que yo muera con la muerte de los justos, y goce de Dios con la gloria de los santos. A este fin, haz que yo acepte mi muerte con perfecta resignación, que la prevenga con una humilde y dolorosa confesión de mis culpas, que la suavice con las dulzuras del Sagrado Viático, y que la facilite con la virtud de la Santa Ucción. En mi última agonía, sé mi protector: cuando mi alma se arranque del cuerpo, sé mi conductor: cuando sea presentada al Tribunal Divino, sé mi abogado: y entonces, ahora y siempre, sé mi buen Señor, mi especial protector y mi tierno Padre; así mismo yo ofrezco desde hoy ser siempre tu más humilde siervo, afectuoso devoto y amante hijo. Así lo espero, Santo mío, y así sea. Amén.

Puede reimprimirse.

FRANCISCO J. ZALDÚA,
Censor eclesiástico.

Bogotá, Abril 23 de 1891.